

Kate Atkinson

**LOS TEMPLOS DEL JÚBILO**

Traducido del inglés por  
Puerto Barruetabeña

Título original: *Shrines of Gaiety*

Letra de *Ain't We Got Fun*, de Raymond B. Egan and Gus Kahn.

Recorte de periódico de *Singapore Daily News*, copyright © SPH Media Limited.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Kate Costello Ltd 2022

© de la traducción: Puerto Barruetaña, 2023

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2023

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-1148-111-3

Depósito legal: M. 26.321-2022

Printed in Spain

*Para Peter Straus*



*Every morning, every evening,  
Ain't we got fun?  
Not much money, oh, but honey!  
Ain't we got fun?*

Todas las mañanas, todas las noches,  
¿no nos lo pasamos bien?  
No tenemos mucho dinero, pero, nena,  
¿no nos lo pasamos bien?

Canción *Ain't We Got Fun?*, Peggy Lee



1926





## Holloway

---

—¿Van a ahorcar a alguien? —preguntó exaltado un joven repartidor de periódicos, sin dirigirse a nadie en particular. Solo tenía trece años y era bajito, así que se puso a dar brincos para intentar ver mejor lo que fuera que había provocado ese ambiente como de vodevil. No hacía mucho que había amanecido y solo una tímida luz empezaba a asomar en el cielo, pero eso no había evitado que se hubiera reunido un nutrido grupo de personas de variopinta procedencia frente a las puertas de la cárcel de Holloway. La mitad de esa multitud se había levantado muy temprano, mientras que la otra mitad no se había acostado todavía.

Muchos de los allí congregados iban vestidos de noche, los hombres con esmoquin o frac y pajarita blanca y las mujeres con finos vestidos de seda con la espalda al aire, temblando bajo las pieles con que se cubrían como podían. El repartidor percibió los efluvios marchitos del alcohol, el perfume y el tabaco que envolvían a esa gente. «Estirados», pensó. Le sorprendió que estuvieran allí tan tranquilos, codeándose con faroleros, lecheros y operarios de fábricas, además de la gentuza y los cotillas habituales, siempre atraídos por la más mínima señal de que se avecinaba un espectáculo, aunque no tuvieran ni idea de su naturaleza. El repartidor no se incluía en ese grupo. Solo era un transeúnte curioso que se había parado un momento a contemplar lo que ocurría en ese mundo tan loco.

—¿Es eso? ¿Van a ahorcar a alguien? —insistió el chico, y le tiró de la manga al estirado que tenía más cerca, un hombre grandote y colorado con un puro de olor acre colgando de la boca y una botella de champán abierta en la mano. El muchacho supuso que ese hombre habría empezado la noche totalmente impecable, pero a esas alturas la blanca y almidonada parte delantera de su chaleco estaba adornada con varias manchas diminutas y salpicaduras de comida y el brillante charol de sus zapatos tenía restos de algo que al chico no le costó identificar: vómito. En el ojal llevaba asomando, lánguido, un clavel rojo, ya mustio tras los excesos de esa noche.

—Ni mucho menos —contestó el estirado, tambaleándose con aire risueño—. Estamos de celebración porque van a soltar a Mamaíta Coker.

El chico pensó que eso de «Mamaíta Coker» parecía sacado de una canción infantil.

Una mujer con una gabardina gris, que estaba al otro lado del chico, llevaba en las manos un trozo de cartón, que sostenía delante de su cuerpo como si fuera un escudo. El repartidor tuvo que estirar el cuello todo lo que pudo para leer lo que tenía escrito. En el cartón, a lápiz y con una letra escrita con furia, ponía: «El salario del justo es la vida; la ganancia del malvado es el pecado (Proverbios 10, 16)». El repartidor lo leyó moviendo los labios, aunque sin emitir ningún sonido, pero no se molestó en intentar descifrar su significado. Lo habían obligado a ir a catequesis todas las semanas durante diez años, pero él había conseguido prestarle solo la atención mínima a todo eso del pecado.

—A su salud, señora —dijo el estirado, alzando con alegría la botella de champán en dirección a la mujer de la gabardina para después dar un sorbo.

Ella lo atravesó con la mirada y murmuró algo sobre Sodoma y Gomorra.

El chico fue serpenteando entre la multitud para abrirse paso hasta la primera fila, desde donde se veían perfectamente las impo-

nentes puertas de madera con tachuelas, más propias de una fortaleza medieval que de una prisión femenina. Si hubiera habido allí tres chicos como él, subidos cada uno sobre los hombros de otro, como los acróbatas chinos que había visto en el Hipódromo, solo el de más arriba habría alcanzado la punta del arco que coronaba las puertas. Al repartidor le parecía que Holloway tenía cierto aire romántico. Se imaginó a un montón de chicas hermosas e indefensas encerradas tras esos gruesos muros de piedra, esperando a que las salvara alguien, él, por ejemplo.

Para documentar tal acontecimiento, entre el grupo de espectadores también había un fotógrafo del *Empire News*, que llevaba la tarjeta de identificación en la cinta de su sombrero, sujeta con mucha gracia. El chico sintió cierta afinidad con él; al fin y al cabo, ambos pertenecían al mundo de las noticias. El fotógrafo estaba retratando a un grupo de «bellezas». El muchacho sabía unas cuantas cosas sobre ese tipo de chicas porque no había podido evitar echarles un vistazo, antes de meterlas en los buzones, a las revistas *Tatlers* y *Bystanders*, que también repartía una vez a la semana.

Esas bellezas, un tipo de mujeres que no andaban normalmente por ese barrio, estaban posando ante las puertas de la cárcel. Tres parecían tener veintitantos, pero la cuarta era demasiado joven para pertenecer a la misma categoría que las otras. Llevaba el abrigo de lana de un uniforme escolar, mientras que las tres mayores se protegían del frío de primera hora de la mañana con unas lujosas pieles. Las cuatro, incluida la colegiala, posaban con aire sofisticado, como si estuvieran haciendo un reportaje de moda. Ninguna parecía sentirse incómoda delante de la curiosa lente de la cámara. El chico se quedó embobado. La silueta femenina a menudo le producía ese efecto.

El fotógrafo apuntó los nombres de las bellezas en un cuaderno que sacó del bolsillo, para que aparecieran bien identificadas en el periódico del día siguiente. Nellie Coker tenía comiendo de su mano al editor de fotografía. Alguna indiscreción que él habría cometido, suponía el fotógrafo.

—¡Oye! —le gritó el reportero a alguien que estaba fuera de la vista—. Ramsay, venga, ponte con tus hermanas.

Apareció un hombre joven que se acercó al grupo de chicas. Parecía reticente, y, solo después de suplicárselo, le dedicó a la cámara una sonrisa que era más bien un rictus.

Un momento después, sin ningún alarde, se abrió una puertecita encastrada en los enormes portones de la cárcel y salió una mujer bajita con los ojos como platos, que parpadeó ante la incipiente luz que anunciaba su libertad. La multitud (básicamente los estirados) se puso a vitorearla y a gritarle cosas: «¡Bien hecho, mujer!», «¡Bienvenida, Nellie!», aunque el chico también oyó otro grito que salió del centro de la multitud: «¡Jezabel!». El muchacho sospechó que tenía que haber sido la mujer de la gabardina.

Nellie Coker parecía muy ordinaria; el chico no le encontró ningún parecido con lo que había oído sobre Jezabel. Un momento después la mujer quedó casi enterrada bajo un enorme ramo de azucenas blancas y de rosas de color rosado que alguien le puso en los brazos. Una de las bellezas llevaba en la mano un grueso abrigo de pieles, que le tiró sobre los hombros a la presa recién liberada como si estuviera intentando apagar un fuego con él. Su madre hizo ese mismo gesto cuando su hermana pequeña se acercó demasiado a la chimenea y el fuego le prendió la bata. Las dos sobrevivieron y solo les quedaron unas pequeñas cicatrices de las quemaduras como recordatorio.

El grupo de bellezas rodeó a la mujer y todas la abrazaron y la besaron. Debía de ser su madre, dedujo el repartidor. La más pequeña se aferró a ella de una forma bastante exagerada, sobreactuada en opinión del muchacho. Era un entendido del mundo del teatro, porque su ruta de reparto incluía todas las entradas de artistas de los teatros del West End. En el Palace Theatre, el portero, un veterano de la batalla del Somme muy simpático, lo dejaba colarse gratis en el gallinero en las matinés. El chico había visto *No, no, Nanette* cinco veces y estaba bastante enamorado de Binnie Hale, la brillante estrella de la obra. Y se sabía toda la letra de *Tea for Two* y *I Want*

to *Be Happy* y no le importaba cantarlas cada vez que se lo pedían. Había una escena en la obra en la que el elenco y Binnie (el chico se atrevía a llamarla por su nombre de pila, porque la había visto tantas veces que sentía que se podía permitir esa familiaridad) salían al escenario en bañador. Era escandalosa y excitante, y al muchacho casi se le salían los ojos de las órbitas cada vez que la veía.

El único inconveniente era que, para conseguir que lo dejaran entrar gratis, tenía que escuchar los prolijos relatos de la guerra del portero, además de admirar su colección de cicatrices. Ese muchacho tenía dos años cuando empezó la guerra y, como en el caso del pecado, era algo que no tenía ningún significado para él aún.

Ramsay, el segundo hijo de Nellie, tuvo que liberar a su madre de la carga que suponía el enorme ramo y el fotógrafo lo inmortalizó justo en ese momento, con las flores en la mano, como una dulce novia. Para fastidio de sus hermanas (y también de Ramsay), esa resultó ser la foto que apareció en el periódico a la mañana siguiente bajo el titular: «El hijo de Nellie Coker, la famosa propietaria de varios clubes nocturnos del Soho, recibe a su madre tras su salida de prisión». Ramsay aspiraba a ser famoso por sí mismo y no depender de la fama de su madre. En cuanto cogió las flores, empezó a estornudar en una rápida sucesión de: «¡Achís!, ¡achís!, ¡achís!». Entonces el repartidor de periódicos oyó que Nellie decía: «Oh, por todos los santos, Ramsay, compórtate», algo que podría haber dicho su propia madre.

—Venga, mamá —dijo una de las bellezas—. Vámonos a casa.

—No —respondió Nellie Coker con rotundidad—, tenemos que ir a *The Amethyst* para celebrarlo.

La capitana había vuelto a coger el timón.

La multitud empezó a dispersarse y el repartidor retomó su ruta con muy buen ánimo, porque sabía que había presenciado un aconteci-

miento histórico. De repente se acordó de una manzana, marchita y arrugada, que se había guardado en el bolsillo cuando salió a primera hora. La sacó y le dio un enorme bocado, como si fuera un caballo. Estaba maravillosamente dulce.

El estirado del puro lo vio y le dijo: «Menudo espectáculo, ¿eh?», como si le importara mucho su opinión. Después le dio un coscorrón en un lado de la cabeza y lo recompensó con una moneda de seis peniques. El chico se alejó bailoteando, exultante.

Mientras se alejaba, oyó que alguien entre la multitud gritaba: «¡Al ladrón!», exclamación que podía dirigirse a cualquiera de las personas que había allí, excepto, claro está, al hombre que había estado observando el desarrollo de los acontecimientos desde una discreta distancia, en la parte de atrás de un coche totalmente anónimo. Era el inspector jefe John Frobisher, «Frobisher del Yard», como lo habían apodado en la revista *John Bull*, aunque no era un apelativo del todo preciso, porque en ese momento estaba prestando sus servicios de forma temporal en la comisaría de Bow Street, en Covent Garden, donde lo habían enviado para «poner el lugar patas arriba». Todo el mundo sabía que allí la corrupción campaba a sus anchas y le habían encargado que encontrara las manzanas podridas del barril.

La revista *John Bull* le había pedido hacía poco a Frobisher que escribiera una serie de artículos basándose en sus experiencias profesionales en el cuerpo, con intención de convertirlos después en un libro. Frobisher no era narcisista, ni mucho menos, pero le halagó la propuesta. Siempre había sido un hombre de libros y ese reto literario le atrajo al instante. Pero ya no estaba seguro de que fuera buena idea. Había sugerido titularlo *Londres después del anochecer*, pero en la revista habían dicho que preferían *Una noche en las entrañas del vicio*. No sabía por qué le había sorprendido, teniendo en cuenta que todos los periodicuchos baratos estaban llenos de historias escabrosas de chinos que les vendían drogas a mujeres blancas o de negros que las seducían y las corrompían, cuando la realidad era que

ellas corrían más peligro de que les robaran el bolso de un tirón a plena luz del día.

No le habían publicado nada aún, pero, cada vez que les enviaba algo, desde la revista le pedían que fuera más jugoso, más «sensacionalista». Pero lo jugoso y lo sensacionalista no tenían cabida en el carácter de Frobisher. Era un hombre comedido y sensato, aunque no le faltaban ni humor ni inteligencia, cualidades que no se veían mucho en la Policía Metropolitana.

Estaba observando inadvertidamente a una pareja de mujeres que circulaban entre la gente allí congregada sin llamar la atención e iban robando lo que podían a su paso con gran habilidad. Frobisher las reconoció: eran lugartenientes de la banda femenina de las Cuarenta Ladronas, pero esas mujeres resultaban unos peces demasiado pequeños para él en ese momento.

Aparecieron un par de Bentley de color negro y crema (uno propio y uno alquilado, para impresionar) que aparcaron allí delante. El clan Coker se dividió entre ambos y todos se fueron saludando a la gente con la mano, como si fueran miembros de la realeza. Delinquir merecía la pena; luchar contra la delincuencia, no tanto. Frobisher sintió que tenía que contener tanto la bilis que le subía por la garganta del fiel servidor de la ley que era como la oleada de envidia que le provocaron esos coches. Él estaba en proceso de comprarse algo modesto, nada ostentoso, un Austin Seven, un vehículo para la gente normal.

El imperio de la delincuente Coker era un castillo de naipes que Frobisher quería hacer caer. Los clubes nocturnos eran el mugriento y chabacano corazón del Londres más oscuro, y entre ellos destacaba The Amethyst, la rutilante joya de la corona que dominaba la vida nocturna del Soho. Y no era la delincuencia moral (los bailes, la bebida, ni siquiera las drogas) lo que preocupaba a Frobisher. Eran las chicas. Habían desaparecido varias en Londres. Al menos cinco, que él supiera, en solo unas semanas. ¿Dónde estaban? Él suponía que habían cruzado las puertas de los clubes del Soho, pero no habían logrado salir.

Se volvió hacia la mujer que tenía al lado en el asiento de atrás del coche.

—¿Los ha visto bien, señorita Kelling? —preguntó—. ¿Cree que puede hacer lo que le pido?

—Claro que sí, inspector jefe —contestó Gwendolen.